

¿Fascismo(s) modernizado(s)? La relación oblicua del fascismo histórico con la extrema derecha

Fascism(s) modernized? The oblique relationship of historical fascism with the extreme right

Magdalini Fytili

Universitat Autònoma de Barcelona
magdalini.fytili@uab.cat

Recibido en octubre de 2023
Aceptado en noviembre de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28402

RESUMEN

Este artículo aborda el tema de cómo se relacionan los fascismos históricos con el espacio político que ocupan hoy en día los movimientos de la extrema derecha. El análisis toma como eje la obra *Ellos los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*, de los historiadores Javier Rodrigo y Maximiliano Fuentes, para profundizar en los elementos de los fascismos históricos que podemos, hoy en día, encontrar “modernizados” en los movimientos de extrema derecha. Asimismo, indaga en el caso español, defendiendo que, incluso si no podemos denominar el régimen franquista fascista por toda su duración, se trata de un régimen que oscilaba entre la fascistización y la defascistización.

Palabras clave: fascismo, extrema derecha, Europa, España, franquismo.

ABSTRACT

This article addresses the issue of how historical fascisms relate to the political space occupied today by far-right movements. The analysis takes as its axis the book *Ellos los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*, by the historians Javier Rodrigo and Maximiliano Fuentes, to delve into the elements of historical fascisms that we can, today, find “modernized” in extreme right movements. It also explores the Spanish case, arguing that even if we cannot call the Francoist regime fascist for its entire duration, it was a regime that oscillated between fascistization and defascistization.

Keywords: fascism, extreme right, Europe, Spain, Francoism.

Referencia

Fytili, M. (2024). ¿Fascismo(s) modernizado(s)? La relación oblicua del fascismo histórico con la extrema derecha. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 173-186. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28402

¿QUÉ DEFINE EL FASCISMO?

Hoy en día, cada vez más ciudadanos responden favorablemente a la pregunta de si están de acuerdo con que gobierne “un líder fuerte que no tiene que preocuparse por el Parlamento y las elecciones”¹, mientras que casi un tercio de los europeos votan a partidos de extrema derecha, lo que supone un aumento del apoyo a la política *antiestablishment* en todo el continente. El análisis realizado en 2023 por más de 100 politólogos en 31 países revela que, en las elecciones nacionales del año pasado, un 32% de los votantes europeos votaron a partidos antisistema, frente al 20% de principios de la década de 2000 y el 12% de principios de la década de 1990².

¿Fascistas, posfascistas, neofascistas, ultraderechas, derechas radicales, derechas populistas, derechas antiliberales? ¿Cómo definimos este espacio político tan dispar y amplio, y cómo pensamos en sus posibles relaciones con los fascismos históricos? ¿Cuáles son los elementos que comparte con éstos? ¿Resulta operativo calificar el amplio y diverso arco de estas derechas como fascistas? Y ¿por qué tememos un resurgimiento del fascismo en el presente? Para poder contestar a estos grandes interrogantes, antes de todo deberíamos aclarar qué se entiende historiográficamente por fascismo. Pero, ¿por qué resulta tan difícil que haya consenso en la definición del fascismo como fenómeno histórico?

Como sostienen Javier Rodrigo y Maximiliano Fuentes, los autores de *Ellos los fascistas*, la falta de acuerdo sobre la definición y aplicabilidad del concepto de fascismo se explica por una serie de factores: la relativa brevedad de su trayectoria histórica (en la mayoría de los casos, encapsulado en el período entre las dos guerras mundiales, desde 1922 hasta 1945) en comparación con las alternativas epocales de la democracia liberal o incluso del socialismo real; las diferencias que los distintos movimientos, grupos y regímenes fascistas mostraron en los múltiples contextos de surgimiento, acceso o no al poder y pérdida del mismo; la diversidad de sus estadios y la consideración, casi generalizada, de que aquellos son etapas de obligado recorrido para alcanzar el fascismo pleno, sin sufijos ni prefijos matizadores de su extensión y complejidad; la falta de coherencia entre los proyectos y mitos fundacionales de cada uno y sus ideologías abiertamente impuras, mestizas,

¹ Véase el informe de 2022 del International Institute for Democracy and Electoral Assistance (IDEA), titulado *The Global State of Democracy 2022*, p. 6.

² <https://www.theguardian.com/world/2023/sep/21/revealed-one-in-three-europeans-now-votes-anti-establishment>

complejas, mezcladas en términos políticos, culturales e identitarios; así como su importancia como alternativa política radical en Europa y fuera de ella (2022, p. 40).

Destacar las claves explicativas del fascismo, sin embargo, no es sólo una cuestión conceptual y terminológica que nos permite evitar una banalización del fascismo histórico mediante la desnaturalización de su significado. La definición del fascismo resulta decisiva también porque afecta a nuestra capacidad para entender, analizar y responder a los movimientos contemporáneos de extrema derecha. Hoy en día somos testigos de un auge internacional de estos movimientos. Pese a esto, resulta bastante improbable e inverosímil que se produzca un resurgimiento del fascismo con las características que tuvo en las décadas de 1920 y 1930, dadas las radicales diferencias tanto de contexto como de problemas y contendientes políticos. Eso, no obstante, no significa que no podamos aprender de la(s) historia(s) del fascismo para ayudarnos a entender algunos fenómenos del presente.

Por un lado, el fascismo empleó una demagogia populista que jugaba con los miedos y prejuicios nacionalistas de la clase media en medio de una crisis profunda, proponiendo de una forma convincente un nuevo orden productivo disciplinado, jerárquico y organicista que no buscaba tanto combatir las causas sistémicas de la crisis como sus efectos. Por otro lado, la incapacidad del liberalismo, el socialismo y el conservadurismo parlamentarios para afrontar las crisis dio lugar a un descrédito que facilitó la conversión de la militancia moderada y conservadora al fascismo. El fascismo funcionó mejor allí donde una ola de desilusión popular envolvió a los dirigentes anteriores, puesto que su imaginería arraigó en el vacío de lealtades derrumbadas. Aún más, el fascismo adquirió relevancia política allí donde pudo articular legados políticos reaccionarios y autoritarios, presentándolos como modernos, condicionando de esta manera la agenda política incluso antes de llegar al poder, mediante el uso de herramientas —aunque extremadamente violentas— para solucionar una serie de problemas urgentes que la clase política entendida como *establishment* no fue capaz de solucionar. Asimismo, el fascismo ofreció una lectura muy concreta de lo que era la civilización occidental, cuya preservación y materialización pasaba por la homogeneización y la renuencia a cualquier forma de otredad.

Pese a las dificultades mencionadas a la hora de definir el fascismo, la historiografía ha consagrado miles de páginas a explicar su génesis y su comportamiento una vez en el poder, primando la atención a diferentes características

clave de este, y produciendo, a la vez, profundas discrepancias terminológicas. Uno de los más importantes investigadores del fascismo, Emilio Gentile, ha destacado su carácter revolucionario, puesto que, según él, su origen se remontaba a un partido revolucionario de ideología extremista y palingenésica que ansiaba el monopolio del poder para conquistar la sociedad y transformarla según su concepción del hombre y de la política; consagrando así una dominación política a través de una “religión política” (Gentile, 2006; Gentile y Mallett, 2000, pp. 18-55) cada vez más radical, encaminada a una “revolución antropológica” y a una expansión nacional o racial sin límites (2004, pp. 328-352; 2019, p. 95).

Mosse, a su vez, ha subrayado el hecho de que la cultura e ideología fascistas se basaban en un proyecto de reorganización y refundación global de la sociedad y la civilización, aspirando a transformar los imaginarios colectivos por medio de la transformación de los estilos de vida, la supresión de toda división entre vida privada y pública (1999, p. 42). Asimismo, demostró el efecto primordial que tuvo la nacionalización de las masas a partir de la Gran Guerra (Mosse, 2005). A su modo de ver, el fascismo fue un movimiento político nuevo, pero no un movimiento que inventara nada nuevo; se anexionó lo largamente conocido y lo convirtió en parte de su racismo y nacionalismo (Mosse, 1999, p. XVII).

Puesto que en cada uno de los países en los que arraigó el fascismo históricamente, el contexto nacional (su pasado, presente y futuro nacional, local, de clase, de género, familiar y religioso) resultó fundamental a la hora de conformar sus características (Finchelstein, 2019, p. 81; Paxton, 2013, p. 14), el historiador R. O. Paxton ha analizado el fascismo como un fenómeno móvil, adaptable y dinámico que dio siempre primacía a la violencia, desarrollada en forma de represión de masa, sistema concentracionario o práctica exterminadora:

El fascismo podría definirse como una forma de comportamiento político caracterizada por una preocupación obsesiva por la decadencia, la humillación o el victimismo de la comunidad y por cultos compensatorios a la unidad y la pureza, en la que un partido de masas de militantes nacionalistas comprometidos, que trabaja en colaboración incómoda pero eficaz con las élites tradicionales, abandona las libertades democráticas y persigue con violencia redentora, y sin restricciones éticas o legales, objetivos de limpieza interna y expansión externa. (Paxton, 2012, p. 564)

Además, Paxton reclama una mayor atención hacia el modo en que el fascismo se hizo cargo del problema del ser en común, asociado directamente con la génesis de una violencia genocida. Siguiendo a Georges Bataille (1993, pp. 10-35), podríamos sostener que el fascismo fue la expresión política de una comunidad que se pensaba acabada, homogénea. La comunidad fascista fue de esta forma la materialización de un ideal comunitario reluctante a cualquier forma de otredad. Esa obsesiva impermeabilidad identitaria de la comunidad fascista es la que explica y motiva, directamente, sus derivas genocidas, su recurso al exterminio de las manifestaciones de la alteridad.

Paxton, sin embargo, rechaza tanto la tesis del carácter revolucionario del fascismo que han defendido autores como Emilio Gentile y Roger Griffin (1998, p. 14), y su versión más radical sostenida por A. James Gregor, para quien el fascismo, y no el comunismo, fue la verdadera revolución del siglo XX por su ideología, técnica propagandística y política de modernización (1974), así como la tesis de que la “religión política” fuese la clave explicativa del fascismo.

Según esta lectura, una de las características clave en la configuración histórica del fascismo es que ningún movimiento fascista llegó al poder sin el apoyo las elites tradicionales, aunque este fuese tardío y resignado a causa de la falta de soluciones alternativas (Paxton, 2012, p. 561)³. Aunque es verdad que los fascismos instauraron regímenes nuevos, destruyendo la democracia liberal, en todos los casos —a excepción de la España franquista— tomaron el poder por vías legales y nunca alteraron la estructura económica de la sociedad, a diferencia de las revoluciones comunistas y su transformación radical de las formas de propiedad. Los fascismos integraron en su sistema de poder a las antiguas elites económicas, administrativas y militares, de forma que siempre hubo un cierto grado de “ósmosis” entre fascismo, autoritarismo y conservadurismo. Aún más, los valores del fascismo fueron heredados de esta tradición autoritaria y conservadora que no tenía nada de revolucionaria: orden, jerarquía y obediencia (Bobbio, 1997, pp. 61-98). Y fue justo su carácter contrarrevolucionario y anticomunista —militante, agresivo, y radical— el que modeló el fascismo desde el principio hasta el final de su trayectoria, funcionando como amalgama para las distintas ideologías y trayectos de los fascismos en Europa

³ El papel de las elites conservadoras en el ascenso al poder de Hitler ha sido destacado por Kershaw (2000).

(Traverso, 2005, p. 47). Así, lo revolucionario del fascismo recayó en su carácter contrarrevolucionario (Breuer, 1996).

Un segundo elemento crucial son las razones por las que las sociedades llegaron o no al fascismo. Quizás algunos fascistas buscaban emplear una “religión política” mediante la que pudieran forjarse hombres y mujeres nuevos, pero el propósito no se logró entera y duraderamente, y este fracaso parcial precisa ser investigado e interpretado (Passmore, 2012, p. 13; Blinkhorn, 2004, p. 508). El estudio de la conversión al fascismo de una buena parte de la sociedad nos invita a pensar en el debilitamiento y disolución de la lealtad a una serie de valores que llevaron a que cada vez hubiera más gente “disponible” para este movimiento. Al mismo tiempo, el hecho de que la fascistización no fuera completa nos lleva a reflexionar sobre la fortaleza de ciertos vínculos socioculturales preexistentes que fueron elementos fundamentales en la resistencia a este movimiento (Jones, 1998). Hay que recordar también que el fascismo surgió en un contexto de crisis concatenadas —económica, social, política y moral— que condujeron a una profunda erosión del sistema democrático en su conjunto. Enormemente debilitada, la respuesta que distintas democracias europeas —no sólo Alemania e Italia, sino también Hungría, Rumania, Polonia y Gran Bretaña— dieron, por ejemplo, ante la llegada masiva de refugiados judíos, fue la adopción de leyes racistas. Frente a esta quiebra generalizada de un orden que parecía naufragar, la promesa de igualdad para los y las que compartían la misma identidad nacional fue capaz de derribar, en parte, previos vínculos socioculturales democráticos.

En el mismo sentido, sería útil reflexionar sobre cómo distintas naciones con diferentes culturas respondieron a una serie de crisis y/o traumas colectivos recurriendo o no a una violencia extrema. Aunque hay consenso historiográfico respecto a que la “verdadera matriz” del fascismo fuesen la crisis y la guerra total que habría dado lugar a la banalización de la violencia y el embrutecimiento de las sociedades, acostumbrándolas a la masacre industrial y a la muerte anónima de masa (Mosse, 1990, pp. 126-180; Eley, 2003, pp. 133-134), no todas las naciones respondieron de la misma manera a la crisis y al trauma colectivo de la Gran Guerra⁴. Una comparación entre los países europeos ha mostrado que las líneas de demarcación en la violencia política no discurrieron sólo entre naciones victoriosas y derrotadas. Los Estados-nación formados por guerras de unificación y los Estados de

⁴ Contrariamente, Jay Winter defiende “el carácter común de la vida cultural europea” en la invocación común de los muertos a través del luto (1995, p. 227).

Europa del Este formados por secesión demostraron ser particularmente propensos a la violencia en su cultura política, a diferencia de los Estados-nación de Europa Occidental creados por una revolución interna. Las diferentes reacciones a la crisis y a la guerra tuvieron tanto que ver con la cultura, incluida la creación de mitos fundacionales y visiones milenaristas del futuro, como con el recuento real de muertes, destrucción y trastornos económicos (Kramer, 2012, p. 45).

¿FASCISMOS ACTUALES?

Desde la consolidación del neoliberalismo, nuevos tipos de partidos y movimientos de extrema derecha han sustituido en gran medida a los antiguos grupos nostálgicos del fascismo histórico. Estas formaciones no se describen como fascistas o de extrema derecha, sino más bien como una nueva y al mismo tiempo auténtica derecha patriótica antisistema. Entonces, ¿este espacio representa un fenómeno nuevo, en ruptura con la tradición fascista, o está próximo a los idearios fascistas, encubiertos bajo nuevos ropajes? (Mudde, 1996 y 2007; Eatwell y Mudde, 2004; Griffin et al., 2014). En la línea de las características del fascismo mencionadas anteriormente, podríamos sostener, como lo hacen Rodrigo y Fuentes, que la extrema derecha actual es permeable a algunos componentes que aparecieron en o con el fascismo y una cierta “memoria histórica” próxima a él; que comparte con éste el ultranacionalismo, el patriotismo chovinista, el racismo y la xenofobia (2022, p. 25). Además, estas formaciones adoptan, en gran medida, el estilo fascista, un estilo radical, agresivo, “políticamente incorrecto” e incluso pretendidamente “revolucionario” que promueve la distinción amigo-enemigo frente a una supuesta amenaza existencial/identitaria.

Pero ¿son estos componentes suficientes para calificarlos de fascistas? Por un lado, no hay que olvidar que el racismo, el antisemitismo y la xenofobia eran fenómenos dominantes en estados democráticos como Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña mucho antes de la Gran Guerra y del auge del fascismo. Que haya racismo o autoritarismo no quiere decir que haya fascismo. Ambos son condición necesaria pero no suficiente, puesto que el fascismo fue más bien una forma específica en la que estos fenómenos se aunaron y tomaron forma. Por otro lado, sí que es verdad que el racismo, el nacionalismo y el extremismo conservador siguen constituyendo parte esencial de este espacio político, aunque se “han modernizado”, es decir, han sido metabolizados y adaptados a las nuevas problemáticas sociales.

Actualmente, la cruda versión del racismo biológico ha sido reemplazada por una ideología “comunitarista-diferencialista” más sofisticada, que defiende una cultura occidental estática y homogénea, entendida como una particular mezcla de valores — familia, religión, patria—, que se opone a la globalización, así como al multiculturalismo. A su vez, el nacionalismo exacerbado adquiere características nativistas de un pueblo idealizado, portador de unas supuestas virtudes innatas que se opone tanto a las elites como a la población extranjera. Como subrayan Rodrigo y Fuentes, el suelo fértil para estos partidos y movimientos han sido las múltiples crisis del siglo XXI: la crisis del terrorismo islamista y la “guerra global contra el terror”, la gran recesión de 2008 y las políticas de austeridad, la llamada “crisis de los refugiados” de 2015, la pandemia que estalló en marzo de 2020, y primordialmente la crisis de representatividad democrática y en general la crisis que atraviesa la democracia por la profunda desigualdad en el reparto de la riqueza. Dentro de este panorama de crisis generalizada, se pueden producir —y efectivamente se han producido— mayorías racistas, nacionalistas e iliberales.

Por lo tanto, podríamos afirmar que los movimientos y partidos de la extrema derecha actual asumen parte del legado ideológico de los fascismos históricos, pero modernizando su discurso y, lo que es más importante, integrándose en el parlamentarismo, es decir, ya no pretenden derrocar abiertamente regímenes democráticos usando la violencia —aunque sí es verdad que emplean distintas formas de violencia digital—, sino que, haciendo hincapié en la inmigración y la ley y el orden, desplazan el eje vertical de la desigualdad, que afecta a la estratificación social, por el eje horizontal de la diferencia, que tiene a la identidad como vector maestro. Su política es un proteccionismo defensivo “para cerrar puertas y ventanas, para salvaguardar inciertas identidades nacionales, amenazadas por la globalización y por las «invasiones de inmigrantes»” (Gentile, 2019, p. 140). Frente a las acusaciones de ser fascistas, se refugian en su misma indefinición o inocuidad, utilizando no una retórica fascista, sino más bien una anti-antifascista. Pese a este común “dogma central” (Eatwell, 2000, p. 414), estas nuevas formas de política radicalizada conservadora no dejan de albergar importantes particularidades, desemejanzas, contradicciones e incluso conflictos entre sí. Sin embargo, no hay que perder de vista que el fascismo fue siempre un gran constructor de síntesis de mitos, ideologías, valores, y grupos sociales incluso antagónicos con el fin de crear una gran mayoría social.

¿UN FASCISMO ESPAÑOL?

Efectivamente, el fascismo ha demostrado ser notoriamente escurridizo y resistente a la interpretación. Eso ha tenido como consecuencia que ni siquiera haya un consenso respecto a cuáles fueron los fascismos realmente existentes, sobre todo en relación con el caso español, puesto que la historiografía sobre el tema poco se ha movido fuera del espacio histórico ocupado por las experiencias italiana y alemana, elevadas a rango de paradigma. Desde hace décadas, ha habido numerosos intentos de categorizar el régimen de Franco tanto en la historiografía española como en la internacional, pero ninguno ha sido tan influyente como la taxonomía de Juan Linz sobre los regímenes autoritarios. Publicada por primera vez en 1964, en el capítulo denominado *An Authoritarian Regime: Spain*, Linz distinguía categóricamente el régimen franquista de los fascismos históricos.

Los autores de *Ellos los fascistas*, al igual que otros historiadores españoles como Ferran Gallego e Ismael Saz Campos insisten, no obstante, en la interpretación de la guerra civil española como marco de fascistización. Analizado desde esta perspectiva, el fascismo español fue el resultado de la llegada masiva de la extrema derecha española a la contienda, radicalizando sus proyectos y asumiendo esquemas totalitarios a través de la implementación de prácticas inéditas de control de masas, disciplina militar en el propio bando y eliminación violenta del adversario (Rodrigo y Fuentes, 2022, p. 82). En palabras de Ferran Gallego:

La radicalización es fascistización, es decir, un proceso por el que la propuesta de la revolución nacional sugerida por el fascismo pasa a considerarse representativa de un amplio espectro nacionalista. Es la capacidad de ofrecer identidad a ese nuevo conjunto social y político lo que permite la construcción del fascismo, aquello que le da el carácter de un proceso constituyente. (2014, p. 40)

De esta forma el proceso de fascistización que había de crear el primer partido de masas fascista en España, la Falange, se realizó plenamente en el escenario de una guerra civil (Saz Campos, 2004, pp. 82-86). Este proceso de fascistización quedó patente en la propia construcción del Nuevo Estado: la Falange pobló el Nuevo Estado, incrustándose literalmente en él (Vincent, 2012, p. 377). Así, hasta al menos finales de los años cuarenta, se puede defender el uso del término fascista para definir la arquitectura del régimen de Franco (Fontana, 1986, p. 9).

Después de la derrota de las fuerzas del Eje, el régimen intentó reconstruirse sobre unas bases claramente nacionalcatólicas. Algunos historiadores hacen de este viraje el punto de partida de una catolización de Falange y de una desfascistización del franquismo (Saz Campos, 2003, p. 369). Sin embargo, en la aproximación al franquismo no se puede soslayar la violencia —masiva, desproporcionada, estructural y preventiva— nacida de una guerra civil terriblemente sangrienta, seguida de una represión sistemática que duró hasta pocos meses antes de la muerte de Franco (Traverso, 2005, p. 253). Además, si la fascistización del régimen franquista nunca fue completa, tampoco lo fue su desfascistización. El Movimiento persistió durante mucho tiempo y ejerció un poder real en los ámbitos de las relaciones laborales, la prensa, las ceremonias públicas y el gobierno local. Profundamente arraigado en la sociedad española, fue capaz de generar una auténtica oposición a la tendencia moderadora del tardofranquismo (Paxton, 2013, pp. 21-22).

El ultranacionalismo español, característica clave del franquismo, fue reactivado en la primera década del siglo XXI a causa, sobre todo, de la crisis secesionista catalana (Mudde, 2021, p. 14; Rama et al., 2021, p. 141). Como argumentan los autores de *Ellos los fascistas* citando a Xabier Casals, Vox incorporó a sus planteamientos temas que ya estaban presentes en la agenda del Partido Popular y los radicalizó, como el rechazo al aborto, al matrimonio homosexual y a las leyes de memoria histórica. También adoptó temas propios de la ultraderecha española tradicional, como la reivindicación de la españolidad de Gibraltar o la oposición a las autonomías, mientras que incorporó cuestiones de la ultraderecha europea, como la demanda de control de la inmigración, la islamofobia, la denuncia de la supuesta “ideología de género” y un euroesceptismo moderado (2022, p. 189).

Sin embargo, aunque Vox muestra continuidades personales e intelectuales con el franquismo y sus herederos, está muy lejos de aproximarse a un proyecto fascista. Mucho más peligroso parece por ahora el hecho de que el Partido Popular asumiese el ideario político de Vox para gobernar en varias comunidades autónomas. De esta forma el PP utiliza también conceptos como el adoctrinamiento ideológico, la inmigración ilegal y la unidad de la nación. Y esta es la cuestión primordial de nuestros tiempos: el condicionamiento de la agenda política por la extrema derecha y la normalización del discurso de esta última mediante la radicalización de la derecha tradicional.

REFERENCIA PRINCIPAL

Rodrigo, J. y Maximiliano, F. (2022). *Ellos los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*. Ediciones Deusto.

REFERENCIAS

Bataille, G. (1993). *El estado y el problema del fascismo*. Pre-Textos.

Blinkhorn, M. (2004). Afterthoughts, Route Maps and Landscapes: Historians, “Fascist Studies” and the Study of Fascism. *Totalitarian Movements and Political Religions*, 5, 515-517. <https://doi.org/10.1080/1469076042000312230>

Bobbio, N. (1997). *L'ideologia del fascismo. Dal fascismo alla democrazia. I regimi, le ideologie, le figure e le culture politiche*. Baldini & Castoldi.

Breuer, S. (1996). *Anatomie de la Révolution Conservatrice*. Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme.

Eatwell, R. (2000). The Rebirth of the Extreme Right in Western Europe? *Parliamentary Affairs*, 53, 407-425. <https://doi.org/10.1093/pa/53.3.407>

Eatwell, R. y Mudde, C. (Eds.) (2004). *Western Democracies and the New Extreme Right Challenge*. Routledge.

Eley, G. (2003). Fascism as the Product of “Crisis”. In A. A. Kallis (Eds.), *The Fascism Reader* (pp. 129-136). Routledge.

Finchelstein, F. (2019). *Del fascismo al populismo en la historia*. Taurus.

Fontana, J. (Ed.) (1986). *España bajo el franquismo*. Crítica.

Gallego, F. (2014). *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo*. Crítica.

Gentile, E. (2004). Fascism, Totalitarianism and Political Religion: Definitions and Critical Reflections on Criticism of an Interpretation. *Totalitarian Movements and Political Religions*, 5, 326-375. <https://doi.org/10.1080/14690760008406923>

Gentile, E. (2019). *Quién es fascista*. Alianza Editorial.

Gentile, E. y Mallett (2000). The Sacralisation of Politics: Definitions, Interpretations and Reflections on the Question of Secular Religion and Totalitarianism. *Totalitarian Movements and Political Religions*, 1, 18-55. <https://doi.org/10.1080/14690760008406923>

Gregor, A. J. (1974). *The Fascist Persuasion in Radical Politics*. Princeton University Press.

- Griffin, R. (1998) (Eds.). *International Fascism: Theories, Causes and the New Consensus*. Arnold.
- Griffin, R., Loh, W., y Umland A. (2014) (Eds.). *Fascism Past and Present. West and East*. Verlag.
- Jones, L. E. (1998). *German Liberalism and the Dissolution of the Weimar Party System*. University of North Carolina Press.
- Kershaw, I. (2000). *Hitler, 1936-1945*. Península.
- Kramer, A. (2012). The First World War as Cultural Trauma. In R. J. B. Bosworth (Eds.), *The Oxford Handbook of Fascism* (pp. 30-54). Oxford University Press.
- Linz, J. (1964). An Authoritarian Regime: Spain. In E. Allardt and Y. Littunen (Eds.), *Cleavages, Ideologies and Party Systems: Contributions to Comparative Political Sociology* (pp. 291-341). The Academic Bookstore.
- Mosse, G. L. (1990). *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*. Oxford University Press.
- Mosse, G. L. (1999). *The Fascist Revolution. Toward a General Theory of Fascism*. Howard Fertig.
- Mosse, G. L. (2005). *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*. Marcial Pons.
- Mudde, C. (1996). The War of Words Defining the Extreme Right Party Family. *West European Politics*, 19(2), 225-248. <https://doi.org/10.1080/01402389608425132>
- Mudde, C. (2007). *Populist Radical Parties in Europe*. Cambridge University Press.
- Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Paidós.
- Paxton, R. O. (2012). Comparisons and Definitions. In R. J. B. Bosworth (Eds.), *The Oxford Handbook of Fascism* (pp. 547-569). Oxford University Press.
- Paxton, R. O. (2013). Franco's Spain in Comparative Perspective. En M. A. Ruiz Carnicer (Eds.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)* (pp. 13-23). Instituto "Fernando El Católico".
- Passmore, K. (2012). The Ideological Origins of Fascism before 1914. In R. J. B. Bosworth (Eds.), *The Oxford Handbook of Fascism* (pp. 12-34). Oxford University Press.
- Rama, J., Zanotti, L., Turnbull-Dugarte, S., y Santana A. (2021). *Vox. The Rise of the Spanish Populist Radical Right*. Routledge.

- Saz Campos, I. (2003). *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Marcial Pons.
- Saz Campos, I. (2004). *Fascismo y franquismo*. Publicacions de la Universitat de València.
- Traverso, E. (2005). Interpretar el fascismo. Notas sobre George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile. *Ayer*, 60(4), 227-258.
<https://www.jstor.org/stable/41324908>
- Vincent, M. (2012). Spain. In R. J. B. Bosworth (Eds.) *The Oxford Handbook of Fascism* (pp. 362-383). Oxford University Press.
- Winter, J. (1995). *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*. Cambridge University Press.

